

La colección *Un libro por centavos* iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, durante quince años (2003-2018) ha divulgado a los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y promocionado los nuevos valores del género, en ediciones bellas y económicas, con tirajes entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título, de distribución mensual y gratuita para los suscriptores de la revista *El Malpensante*. También se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y se encuentra en los catálogos de las universidades de Standford, Yale y Harvard.

Patria de náufragos de Irene Selser es el poemario n.º 156, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo de su autora, la poeta argentina Irene Selser.

Selección y cuidado de
Irene Selser



N.º 156

Irene Selser

Patria de náufragos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2019

ISBN 978-958-790-129-0

© Irene Selser, 2019
© Universidad Externado de Colombia, 2019
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Tel. (57 1) 342 0288
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Mayo de 2019

Imagen de carátula
Puerto de Buenos Aires, por Sofía Paredes Vélez,
carboncillo 29 x 21.6 cms., noviembre 2018

Diseño de carátula y composición
Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 15 años en:
www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

Sofía Paredes Vélez es una artista egresada de la Universidad de los Andes en el 2018 con mención de tesis meritoria. En los últimos años ha participado en exposiciones colectivas en las galerías SGR y El Museo en Bogotá. Su trabajo se enfoca en las exploraciones de distintos materiales y temas relacionados con la ciudad y el paisaje, principalmente en la pintura y en el dibujo. Actualmente trabaja en Bogotá.

CONTENIDO

- La patria es una imagen [13], Jazmines [14],
Playa de Huehuete, Nicaragua [15],
San Miguel Nepantla, México [16],
En vela [17], Ayotzinapa [19], Palomas [20],
Las rastreadoras [21], Tendría que haber [22],
Origen [24], Arlés-México [26], Afanes [28],
Canal de Sicilia [29], Camposanto el mar [30],
Ramala, Cisjordania [31],
Carta a mi abuela Rebeca [32],
Elogio al colibrí [34], Hanabanilla, Cuba [35],
Gitana [36], En el tren [37],
A Claudia (o elegía de una flor) [38], Certeza [39],
De nuevo el mar [40], Se ofrece [41],
Istmo de Tehuantepec [43],
Istmo de Tehuantepec /II [44],
Tu espalda elige [45], Siempre Ítaca [46],
Juchitán, el muxe no se va [47],
Después del diluvio [48],
Managua, siempre julio [49],
El poeta y su modo [50], Desde el aire [52],
Lo dice el poeta [53], Paradoja [54],
Escritura [55], Dura Patria [57],
Tango para Claudia [58], Al álamo Carolina [59],
La casa [60], El Riachuelo [61],
Patria de náufragos [62]

*A mi hermana Claudia,
ahora que es entre los pájaros.*

*A mi hermana Gabriela,
tan valiente y leal.*

*A Gregorio Selser y Juan Gelman,
que siguen estando.*

Todos somos, en cierto modo, inmigrantes del pasado.
Jacques Miles

*(...) que se entienda que el callar no es no haber
qué decir, sino no haber en las voces lo mucho
que hay que decir.*
Sor Juana Inés de la Cruz

LA PATRIA ES UNA IMAGEN

La patria es una imagen,
la representación de un espejismo
que bien puede ser una venganza
como le sucedió a Odiseo
que partió a la guerra de Troya
y demoró siete mil trescientos días en volver.
No importa si Penélope lo esperaba
aferrada al mismo sudario.
Lo que importa es el mito,
la tierra donde uno cree haber nacido,
patris u otro sustituto del amor.
La pertenencia.
Ser de. Tocar a.
Caber.

JAZMINES

A Marta Ventura Prando

Esa mirada pródiga en azul
nos cuida ahora entre los álamos,
madre asida a un ramo de jazmines,
su rostro refugiado en el perfume.
No encontraba la puerta si ella no estaba ahí,
en ese comedor desbordado de libros
sentados como otro hijo a la mesa.
Congregación de platos, noticias, tenedores
y en el centro Gregorio, tan niño el padre nuestro
cuando la infancia crecía a su lado
y el agobio del verano porteño
hacía infeliz a Marta en la cocina.
Ella negaba con la cabeza ¡bah...!
ya habrá tiempo de salir al aire,
hundirse en el perfume,
resucitar sus óleos del desván
y el pincel inflamado
de mujeres dadoras y sin boca.
Madre a merced de la palabra madre.

PLAYA DE HUEHETE, NICARAGUA

Mi padre dijo su mensaje y se rompió,
decidió la hora un martes de agosto casi al alba.
Nos dejó ayunos después de ser hermano,
memoria de los pueblos.

¡Y busca, busca, busca golpeando
-alentó en un poema-

y muere cuantas veces como puedas!

Versos escritos en su máquina Henri Zefp
ruidosa e incansable.

Hoy reposa en mi sala sobre un viejo mueble
como llegada de un largo viaje.

Sus cenizas se confundieron con la espuma,
caliente mar del Pacífico en Nicaragua
-su grande amor hasta el final doliente.

Un diez de enero entregamos a la brisa
a ese hombre que de pequeño
recogía papelitos en las calles,
que nada quedara sin saber.

El Pequeño Larousse fue madre y padre
en su cama de orfanato para niños judíos
en el antiguo Buenos Aires,
leyendo a escondidas por las noches
a la luz de una vela robada.

SAN MIGUEL NEPANTLA, MÉXICO

Pastor de los humanos, decidido a cantar la vida
y rabiarse su llanto,
has muerto finalmente como el Quijote
vencidos los dos por una fiebre súbita
en el estrecho confín de la cama.
Tu vida fue lo que fue, Juan Gelman
canción de luz, pájaro aguerrido
y un acordeón acompasando el dolor
ante el hueco sin nombre donde lapidaron a tu hijo.
Marcelo en el centro de tus sílabas,
y tu perro que aún te espera en Villa Crespo
en la calle donde lo mataron
cuando lloraste junto a él su muerte
pegado al empedrado.
Maestro, padre último
no te moriste en mayo como rezó un poema
sino en enero, repleto de cordura.
Mara esparció tus cenizas
desde el puente de San Miguel Nepantla,
tierra cómplice de Juana Inés.
Sonreían tus ojos con un pucho en los labios,
música de jarana y un trío de violines.

EN VELA

En Buenos Aires o en Iguala
los ojos de las madres pasan la noche en vela,
cómo dormir si el hijo no regresa.
En sus cuencos redondos la muerte
solo atina a callar,
no porque no haya qué decir
sino por no caber en la voz lo mucho que hay para decir,
como acusó la joven Juana Inés
conminada por la Iglesia al silencio.
Bastión del verbo, la poesía
insiste dónde están.
“Los desaparecidos no están ni vivos ni muertos,
están desaparecidos”,
dijo sin pestañar el dictador Jorge Videla
cuando en 1979 un periodista repitió la inquietud
del papa
ante la desaparición de personas en la Argentina.
“En tanto esté como tal, el desaparecido es una
incógnita.
Si el hombre apareciera tendría un tratamiento equis,
si la aparición se convirtiera en certeza de su
fallecimiento
tendría un tratamiento zeta, pero mientras sea
desaparecido
no puede tener un tratamiento especial,

no tiene entidad, no está ni muerto ni vivo,
está de-sa-pa-re-ci-do.

Frente a eso no podemos hacer nada”,
concluyó en alusión a las treinta mil personas
que él y los suyos mandaron matar
y por lo cual sería condenado a varias cadenas
perpetuas.

Murió en la cárcel a los 87 años sentado en el inodoro
y sin haberse arrepentido de nada.

“¿Qué es lo que podemos señalar?”, ironizó.

“Porque de reconocer la muerte de los desaparecidos,
enseguida iban a venir las preguntas que no se
podían responder:

quién los mató, dónde, cómo.

Por eso nunca revelamos dónde estaban los restos.

¿El mar, el Río de la Plata, el Riachuelo?”.

AYOTZINAPA

Dice la madre
si aún no lo he soñado
es que está vivo.

PALOMAS

Dos hileras de cirios / guían la procesión por
las calles del pueblo. / El camposanto espera
con las rejas abiertas donde se acaba el valle. /
Tumbas silvestres / Cristos oxidados de
mirada ausente / y moribundos claveles en
floreros de latón.

La muerte en México es como una paloma /
vuela a todas partes. / ¿No has visto en lo alto
titilar las estrellas? / Procesión de cuántos otros
duelos.

LAS RASTREADORAS

Las Rastreadoras no quieren venganza,
tampoco justicia.
Con pico y pala, doscientas madres de Sinaloa
excavan fosas clandestinas.
“No buscamos huesos, buscamos a nuestros tesoros”,
aclara Mirna a la periodista
y niega que su hijo Roberto haya sido un delincuente.
Él vendía memorias y discos compactos
como Alton Sterling, el ciudadano negro de 37 años
ultimado a tiros por dos policías blancos en Luisiana.
“Y si hubiera sido delincuente también lo busco”,
asegura esta experta en horadar los campos con
una varilla
a fin de percibir mejor el aroma del suelo caliente.
“Si el olor es fétido y el color negro,
seguro es que hay un cuerpo, ya encontramos a sesenta”,
precisa Mirna sin poder desentrañar aún
el cómo ni el porqué de sus lágrimas.
De polvo somos, pero sin muerto no hay sepultura
solo heridas abiertas como fosas,
tajos donde las madres rascan y perforan
hasta dar con la mirada afable,
la cicatriz en la rodilla izquierda
de cuando el muchacho hoy sin rostro
rodó de niño entre las piedras.

Hace dos años que Roberto desapareció
pero Mirna, incansable, no desiste.
Y a falta de un lugar donde llorar al hijo,
remueve con la pala el útero de la tierra,
segunda madre.

Tendría
que
haber
en
el
cielo
un
teléfono
para
poder
llamarlos.

ORIGEN

En mi principio está mi fin.
T.S. Eliot

En el principio fue el gerundio,
andar a tientas en un mundo sin blues,
la primera mujer y Adán en su costilla,
de barro la avería de los dioses.

En el principio fue una calle,
-la patria es una esquina-
las flores amarillas de las tipas,
la neblina añil entre pinares,
bendita la madera de mi primera guitarra
comprada a plazos por mamá.
Con sus manos acuosas,
la maestra Isabel pautaba los compases,
pavanas de Milán, trémulo el abejorro de Pujol
en mis dedos, pulgar anular índice medio.
¡Qué no daría por volver a esa silla
en el conservatorio de la calle Riobamba,
de cola de caballo y falda azul...!

En el principio fue mi abuela,
Beatriz regaba por las tardes los geranios del balcón
tarareando en la voz de Tito Schipa
Princesita, princesita la de ojos azules y labios de grana
sin otro afán que volver a besar a su Roberto,
espectro fiel.

En el principio fue la muerte,
cuna de Caínes,
jóvenes lanzados vivos al Río de la Plata,
negrura voraz.
Y la huida.
Otro mundo se abrió entre pirámides de humo,
indecible mi nuevo abecedario del Señor del
Cerca y el Junto:

okichtli, siwatl, tlakatl
de las vocales brota un ave,
de las consonantes una serpiente emplumada:
Quetzalcóatl, ombligo y pecado
que al beber del avezado pulque
hizo cosas tales que debió marcharse.
Él, también peregrino,
se hundió sin habla en el turquesa.

ARLÉS-MÉXICO

Vine en tren hasta Arlés como Van Gogh en busca de su casa soleada y amarilla. El gran árbol bajo el cual pintó durante jornadas enteras a pan y café. El pincel se deslizaba sobre las telas de dos francos con cincuenta que su hermano Théo le enviaba puntual y perentorio desde París al número 2 de Place Lamartine. Pero el vértigo fue envolviendo los matices, como el mistral seco y violento los campos de trigo en el verano. Acuarelas ardientes, reinención de la luz en una mancha de golondrinas bajo el enorme sol del mediterráneo francés. Al fondo, un ciprés erguido con su resplandor de faro.

La manta roja aún recubre su cama en el estrecho dormitorio del cuadro. A unos pasos, la rústica silla con asiento de palma que acompañó el reposo del artista, después de intentar inútilmente conjurar los demonios en su exilio de soles enloquecidos.

Releo, amado Vincent, la última de tus cartas
escrita a Théo el 29 de julio de 1890, poco
antes de pegarte un tiro. Si tuviera tu valor...
Un caballo blanco se hunde en el
Ródano con el niño pescador y yo rompo con-
tra el suelo el florero de girasoles en estos
días de espanto.

AFANES

Los molinos ya no existen, pero el viento sigue todavía.
Vincent van Gogh

Aun cuando ellos ya no existan,
-madre y padre en papel Polaroid
sonriendo al pie de los molinos en La Mancha-
las aspas siguen ahí como el afán del hidalgo
que supo batirse en desigual batalla
contra las piedras del camino,
cuando en horas como estas me hace falta
una encina donde ahuecar los ojos.
O una mano en la mejilla.

CANAL DE SICILIA

El Mediterráneo devuelve los cuerpos del naufragio,
los entrega vestidos en una playa de Libia
de donde partieron una semana atrás.

Trescientos muertos en apenas siete días
regresados a casa con las ropas puestas.

Uno emprendió el viaje de camisa negra y pantalón
caqui,

el otro azul marino a tono con las aguas.

También era de color azul el pantalón de Aylan Kurdi,
el niño sirio de tres años hallado en una playa de Turquía.

Se ahogó con su hermano Galip y su madre Rehana
cerca de la isla griega de Cos

con sus impresionantes puestas de sol.

Lo encontraron dormido boca abajo,

las agujetas de sus zapatitos sin atar.

Cuna blanca, la arena.

CAMPOSANTO EL MAR

*Ahora sé que el mar es negro / siete tonos de
negro / oscuro / cristalino mar.*
Xitlalitl Rodríguez Mendoza

Como piedras se hundieron frente a la Gran Canaria, la patera encalló en las rocas del litoral español. Según la prensa de Madrid, los magrebíes traían puesta demasiada ropa, capas y más capas de abrigo que en lugar de cubrirlos fueron anclas.

Se hundieron como suelen hacerlo, sin un gemido, un nombre dicho al viento. “No gritan, no chapotean, no se oye nada...”.

RAMALA, CISJORDANIA

Antes de los cipreses y los olivos
el abuelo del poeta Tawfik Zayad
ya había echado raíces
en el mismo lugar que sus ancestros,
una pequeña casa de cañas y ramajes
con vista a los naranjos.
Delante de la puerta, la abuela
con su cesta de granos
y una tierra devota bajo la luna blanca,
palestinos los sueños como sacos de harina.
Al final de la noche no llega el día.
¡Qué lágrima este viento que sopla del Oriente!
escribe tras las rejas el poeta,
terco como el tomillo y la hombradía de los
limoneros.
¡Qué lágrimas! y los pájaros huyen de Galilea.
Pero en el mismo lugar delante de la puerta
con su cesta de granos y una llave antigua,
la abuela del poeta y de sus nietos los hijos
han de seguir bregando por la lluvia
y una buena cosecha de trigo y remolacha.

CARTA A MI ABUELA REBECA

A Rebeca Joffe de Selser

Hoy reconocí mi rostro en tu fotografía. Observas de frente con gesto reservado enfundada en un vestido negro, tu mejor atuendo de campesina para lucir en el retrato, el cabello alzado en dos gruesas trenzas ucranianas como una corona oscura. Y los labios sellados, Rebeca sordomuda por una meningitis en la adolescencia. De pie junto a mi bisabuela –sentada en una silla de madera enjuta como ella–, escondes una mano detrás de la cintura, grave y hermosa en tu silencio sepia.

En el tapiz de la pared, el viento hace girar las aspas de un molino delineado con celo como tu ciudad natal que huele y respira, diría Pushkin de las calles de Odesa con sus innumerables escalones, sus lagos de sal y a la orilla el Mar Negro batiéndose con resolución contra las rocas. Rumanos y alemanes ocuparon tu patria como antes los bárbaros alanos. Tras la devastación, en un barco repleto de judíos, llegaste a Buenos Aires, otro puerto en tu destino.

Supé que eras sordomuda cuando una tarde, revisando el álbum familiar, le dije a mi padre “abuela tenía la boca como contenida”. Me reveló el secreto, guardado en su memoria como un cofre, y también que entre él y sus dos hermanos mayores, tío Isaac y tío José, hubo una niña que murió mientras dormías, asfixiada en la cama bajo el peso de tu cuerpo. No la escuchaste llorar.

Solamente esa tarde quiso hablarme Gregorio de tu historia y de tu trágica muerte, cuando él tenía apenas seis meses de nacido. Ya no puedo seguir, atajó entre lágrimas y tu imagen volvió a la caja de cartón con las demás fotografías.

Abuela de centeno: tu rostro de luna es también el mío y esa pose que oculta la mano detrás de la cintura. Los ojos insomnes de palabras.

ELOGIO AL COLIBRÍ

Profeta del instante,
mensajero de la Casa del Sol,
llegas a mi ventana a embeberte del néctar.
Tu nombre culto es *huitzitzili*, picaflor y alegoría,
un soplo apenas, guerrero nahua
como el que fecundó a la diosa Coatlicue,
madre del dios Huitzilopochtli,
su padre un colibrí.
Por eso él aún lleva camino a las batallas
en su palma izquierda tatuado
un pico largo y estrecho,
obstinada razón para vivir.
Verte volar cura las averías de los ojos
-el pasado vuelto lágrimas de polvo-
entregado a tu misión mayor,
metáfora del aire,
veinticuatro gramos de premura.
Belleza en sí.

HANABANILLA, CUBA

Del álbum de fotos los recuerdos se caen como
pétalos,
Ignácio de Loyola Brandao consulta el reloj:
hace diez minutos me espera en el lago de
Hanabanilla,
provincia de Santa Clara, bajo el sol invernal de
la isla
diáfano como su sonrisa al verme llegar.
En su guitarra, Chico Buarque entona
Oh que será, que será
Que vive nas ideias desses amantes
Que cantam os poetas mais delirantes
O que não tem decência, nem nunca terá
O que não tem censura, nem nunca terá
O que não faz sentido...
Qué quiere decir la canción, le pregunto a Ignácio.
Creo que habla de todo lo que quema dentro del
alma,
me responde y en un libro de Neruda,
Canción de gesta, escribe:
“Lo que más me gusta es mimarte junto al lago de
Hanabanilla,
en noches de luna o bajo la lluvia”.
Las palmeras se agitan, juguetean
la más alta se va con las nubes.
Oh que será, que será.

GITANA

“Esa estrella equivocó el rumbo”, informó Estefanía Komossa, del Centro de Investigaciones Extraterrestres de la NASA. “Los satélites registraron el momento en que el agujero negro le arrancó un pedazo”, añadió la vocera durante una conferencia de prensa en Houston. Komossa recordó que los agujeros negros son como torniquetes capaces de curvar el espacio-tiempo. Su fuerza comprime a la presa que solo puede avanzar hacia dentro, agitada como en una licuadora o un mar bravío. “Fue como si una gran boca estirara la estrella hasta quebrarla. La partió en mil pedazos”, concluyó consternada la científica. Semejante a nuestro sol era la estrella errante, devorada por el agujero negro de la galaxia RJ1242-11. Pobre gitana... se acercó al vecindario equivocado.

EN EL TREN

Canta un ciego en el vagón del metro,
nombra su voz las cosas
que la mejor canción de amor
nombraba en los años perdidos
-la tonada de Carlos Barocela-,
cuando también mi piel se acostumbró a tu mano
y tu frente a la sombra de mi pelo.
Tan lejos este miércoles de protestas y lluvia
la Cruz del Sur de la Ciudad de México.
Se tambalea el ciego en el tren del mediodía,
equilibrista de la oscuridad
y el mar vuelve a besar tu nombre en la arena,
el faro del poeta como un estrella rota
anunciando la vigilia de otro puerto.
Se va cantando el ciego como un adolescente
apresurado,
hace sonar su lata con mi moneda.
Se lleva el túnel aquellas noches anchas,
me deja la luz de los recuerdos.

A CLAUDIA (O ELEGÍA DE UNA FLOR)

En silencio avanzó hasta el lugar donde siempre
es primavera,
el miedo entre las sábanas de hospital.

Y sin embargo, qué digna su espalda al borde del
abismo,
su mano serena en mi cabeza recostada junto a
ella en la almohada,

*No te pongas triste -dice- ¡hoy dejaré que seas el
Hada Azul!,*

nuestro anhelo infantil cuando jugábamos
a ser la primera bailarina del Bolshói
vestidas de tutú frente a los altos espejos de
abuela Beatriz.

En la ventana, el invierno de Buenos Aires
agoniza como un Cristo en sus ramas desnudas.

Ella murmura algo que no alcanzo a escuchar,
luego entrecierra los párpados.

Mi hermana mayor a punto de ser ave
y yo sin manos para retenerla.

CERTEZA

¿Tuviste miedo al transitar de la vida a la mansión del sueño / volver a ser semilla / hálito en la brisa? / Dicen los aimaras que tu alma / el ajayu / se quedará con nosotros tres años / antes de partir a las montañas / al mundo protector de los achachilas / y regresar convertida en fulgor / ¡Oh, ángel de cenizas!

Con las ceibas en flor volverás / el cabello en-
sortijado / mi princesa / como en los días
cuando la vida era simplemente ser hermanas /
y a mí me bastaba con sentir mi mano /
aferrada a la tuya para cruzar la calle.

DE NUEVO EL MAR

De nuevo el mar, arena oscura y aguas cálidas
como su voz.
Dejamos ir sus cenizas poco antes del anochecer,
abrí los dedos y ella se hizo viento,
un puñado dócil con sabor a grisura.
Siempre estaremos juntas, escribí en un papel
y el oleaje se llevó la carta
custodiada por una fila de pelícanos.
El sol se fue haciendo blanquecino cuando Claudia
-perdón y espuma-
se sumó a las aves que volaban buscando el sur
sin mirar atrás.

SE OFRECE

una fábula

una lámpara
astillas

un manojo de llaves
más antiguas que el deseo
y el tiempo circular del carrusel
que gira suspendido de la infancia.

Se ofrece

la pluma alentadora de un zanate
en mi cuaderno en blanco
la primera edición de *El extranjero*
espejos para reconocerse en el olvido
y una foto del Gabo antes de alebrestar el cielo
con su ejército de mariposas amarillas.

Se ofrece

lo mejor de la salsa para habitar la noche
-qué manera de quererte, qué manera-
cuando el ocaso despierta las metáforas
y con su lluviandino corazón
César Vallejo consuela las pétreas mortales
heridas de una araña.

Se ofrece
un trago de mezcal curado por los dioses
té de alcachofa para la embriaguez
melisa para el agotamiento
pan de centeno con queso de cabra
la confesión bicéfala de una máscara
un tequila
 una copa de vino
 una jaula con alas.

ISTMO DE TEHUANTEPEC

Insaciable es tu amor al filo de la aurora,
la barba amanecida en cantinas
de voz aguardentosa,
los ojos embriagados de mezcal y tequila.
A un paso del adiós decidí amarte,
salió a pastar mi cuerpo en la cima de tu hombría.
Excomulgada y sucia, dejé hacer a tus manos
navegantes sin rumbo.

ISTMO DE TEHUANTEPEC/II

La niebla cayó sobre el lago,
tus ojos grises se llenaron de sombras
al ver pasar una canoa blanca,
el remero de pie,
sentadas en silencio dos siluetas lánguidas.
Ignoro si el amor huyó esa tarde
temeroso del cielo y sus presagios,
o tal vez fue el alarido de ese pájaro.
Tardó la luna en asomarse.

TU ESPALDA ELIGE

Tu espalda elige
la senda del castaño
para marcharse.

SIEMPRE ÍTACA

*Sin Ítaca no hubieras emprendido el camino,
pero ya no tiene nada que darte.*

Constantino P. Cavafis

A bordo de La Bestia, el convoy de la muerte polizontes del hambre emprenden su largo viaje a Ítaca atenazados por ciclopes en su cruce entre Guatemala y México.

Dejan atrás el volcán Tacaná y el río Suchiate
-a María se le mojó el poema
la noche en que su cuerpo desapareció en las aguas-
sin Troya de donde sacar ébano y marfil
apretujados en los vagones como naves inciertas,
infierno de rieles, vigilia de miedo y no saber.
“No te duermas”, recomiendan los errantes al
periodista

que surca con ellos los mares de la noche.
“Si te caes del vagón, el sueño americano
te puede cortar las manos o las piernas”,
advierte Juan H. y su muñón señala la planicie,
arbustos sedientos de sur a norte
y a un costado de las vías siembra vana de cruces.
“Por eso no debes dormirte hermano,
sobre todo no te duermas”.

JUCHITÁN, EL MUXE NO SE VA

Del cielo llegaron los zapotecos
con su hablar melodioso y su destino
escrito en códices sobre piel de venado.
Raza intrépida, amante de las flores
las cintas de seda trenzadas en el pelo
y una diadema dorada el día de fiesta.

“Esto que usted ve en traje de mujer, es una mujer”
sonríe Tomás. Nació en Juchitán
y desde niño lloraba si lo vestían de varón.

“De mujer puedo tejer y de hombre, trabajar.
Nosotros somos muxes, pero no somos flojos”,
presume y se vanagloria de su libertad.

“La libertad de ser alguien y que te vistas como gustes,
ser cocinero, abogado y desfilas en carros alegóricos.
Las madres aquí respetan a los muxes”,
agrega y su mirada se detiene en una foto de revista
pegada en su cuarto, una novia en su día.

“Acábame de querer si me tienes voluntad”,
tararea y se pone a barrer al ritmo de la música.
Su cuerpo torneado deja ver la hermosura,
piernas largas y cintura de quinceañera.

Ayuda a su madre como una hija más
porque el muxe no se va, emigrante del sexo.

“Ella me dice, ‘sé libre, no importa lo que digan’”,
Tomás vuelve a sonreír y deja caer los párpados
sobre los platos aún sin lavar.

Venus consagrada.

DESPUÉS DEL DILUVIO

A Irma Patricia Juárez González

La memoria está hecha de imágenes:
una bandada de pájaros oceánicos planeando en
la llovizna,
pinzones de oro y el incansable colibrí fandanguero,
la frescura de una cascada precipitándose sobre el
arroyo,
risas blancas de maíz,
pobladores de un sitio donde alguna vez habitó el
paraíso.
Veracruz selvático, caña brava y flores de cosquelite
donde la maestra regresa cada tarde desde el
balcón de su mirada
después de haber reforestado animosa el paisaje
labriego
cuando exaltadas corrientes se lo llevarán todo,
techos, sueños, ropa tendida al sol.
Y la gente, dueña del infortunio,
agradece a esta mujer de manos claras
sus brazos extendidos.
Irma bromea al preguntar qué es el hipocampo,
la estructura de la némesis
o quince centímetros de nado vertical
mientras recorre a pie las desdichas,
conjura con los dedos en cruz la adversidad.

MANAGUA, SIEMPRE JULIO

A Luis Hernández Ojeda

Suspendida en el tiempo hay una calle,
la casa firme rodeada de palmeras,
trinitarias en flor sobre los muros blancos.
Nicaragua era un grito de amor y de guerra,
y también nuestras bocas inseparables
hasta el día de partir, un lunes de diciembre.
Nada quedó de aquellos años turbulentos y únicos,
cuando la felicidad era compartir el hambre en
un plato de comida
y la transformación del orden cincuenta mil muertos
que todavía preguntan qué pasó.
Pero dicen que han visto a nuestros cuerpos
abrazarse de noche en la calle desierta.
No se resignan a la ausencia
tomados de la mano
en los confines del adiós.

EL POETA Y SU MODO

*Te he construido una casa sitiada por la espuma.
Pon el oído en la rosa, y oye lo que su olor te dice.*

Carlos Martínez Rivas

Se tambalea en la puerta del baño,
Poe y Electra siguen sus movimientos con mirada
felina,
el torpe ir y venir de sus pasos sobre el piso
alfombrado de poemas
en su casa de Altamira D'Este número 8 borroneada
de llamas,
caligrafía de rubí, arcángeles invisibles.
“Mis gatos me dan compañía sin quitarme soledad”,
proclama en la pared con su letra torcida
el poeta mayor de Nicaragua después del gran Darío
para dejar constancia de sus rimas, aguas de pozo
enfundado en un pijama viejo a rayas celestes
desteñidas.
Leal y cautelosa, Gabriela no da abasto con el
desorden de vocablos,
vasos rotos, botellas, gritos como pretextos o epigramas
de alguien que olvidó el modo, nunca la fábula.
Impúdica figura perdida de sí, cabeceando
como buen aristócrata en un río de obcecado ron.
Gabriela no quiere juzgarlo, tan solo lavarle los
cabellos

adecentar su aspecto como si del renacer de un
héroe se tratara.

Quiere salvar a Carlos Martínez Rivas.

“No tome más, maestro. ¡Cómo irán a recordarlo!”

“Eso no me importa, quiero ser olvidado.

¡Y deje ya de *amaestrarme!*”, le devuelve hiriente
sus palabras.

Ella saca la vista del espejo, última escala de su
pelo dorado

y como muchos otros abandona a su suerte
al poeta mayor de Nicaragua después del gran Darío.

Tal vez sigan visitándolo aquellas mujercitas,

mariposas nocturnas y él no querrá echarlas

aunque le roben dinero del último cajón.

-Pero espera, ¡por qué te vas, mi Alicia en

Wonderland!

Al menos lléname la copa

y no recojas mi torbellino de fantasmas

juramentos, diablos azules.

Tampoco prepares para mí un cortejo de carrozas

y caballos blancos que en Granada despidan mi

osamenta.

¡Y devuélveme las llaves! No quiero que te acerques
más a mi puerta

en la hora en que mis gatos y yo nos aprestamos

en el patio interior de una tarde de domingo,

a indagar el vacío.

DESDE EL AIRE

Cielo bajo y casas dispersas,
así es Managua desde el aire
y al final de las calles surge el Xolotlán
con su ambición de océano.

El lago brilla con un dejo a paraíso extraviado,
palmeras de capitel delgado y frondas espesas
-primera cuna el jardín del Edén-
cuando una nube zanja la añoranza,
cubre de blanco el paisaje.

Ciento ochenta minutos y la Ciudad de México
aparece en lo alto, esplendor y bruma,
el edificio azul del viejo hotel como otro faro,
el caos insociable que interroga lo inhóspito,
sin trasluz ya lo diáfano.

Espeso amor mis nuevas patrias,
Nicaragua, albergue de las cenizas más sagradas
-madre, padre y hermana-
echadas a volar en el viento marino,
afanes de libertad.

La otra conteniendo las hijas y los días
y un hoy venido a menos como dice el filósofo,
el eterno retorno de lo mismo,
-Sísifo y el imperio de la piedra-,
la muerte y su tesón.

LO DICE EL POETA

*Escribir no es búsqueda. Es impertinencia
o la invención de un mapa.*

Francisco Hernández

Cuando la Isla de las Breves Ausencias atrapa
su boca
y una lluvia de insectos lo acosa entre espasmos
de fuego,
la lengua vuelta atrás en arrebató,
a Francisco Hernández le da por calzarse las botas
y salir con su brújula ciega a otear el horizonte.
En éxtasis el poeta olvida incluso respirar,
Leticia intenta volverlo a la vida
y los monos le lanzan dardos desde las zonas altas
al paso de un cortejo de marineros y prostitutas
que luego harán el amor al borde de los acantilados,
mientras su voz me alienta en la neblina:
escribe, Irene, escribe
solo así seguiremos encontrándonos
en el parque húmedo de una página blanca,
donde cada día aparecen inscritas
nuevas e inconfesables leyendas dirigidas a nadie
porque los simios pigmeos no saben leer
y en la Isla las señales del mapa
fueron borradas por las aguas,
aunque su voz una y otra vez
escribe, Irene, escribe...

PARADOJA

Fragor de letras,
de silencio están hechas
las bibliotecas.

ESCRITURA

Siempre, en el fondo de todo hay un jardín.
Olga Orozco

En Vauville, algún lugar de Mancha en Normandía,
crece el fabuloso rosal de *L'Homme Atlantique*,
muerto de muchas muertes como Marguerite Duras,
la bella jovencita de Indochina.

“Escribe, no hagas nada más”,
le aconseja un amigo
y ella hace de su casa la escritura,
ciruelos, manzanos, un sauce,
la luz del jardín reflejada en el estanque
y una ventana determinada,
una mesa determinada
donde asumir la nada,
-los libros o la muerte.

Agua de vida la botella de whisky
y un miedo aterrador como el de la mosca
atrapada en la pared de su sala.

[A las tres con veinte y pico murió la mosca
presa del miedo más atroz,
el miedo del insecto a conocer su verdad.]

Marguerite bebe para olvidarse de los espejos
y se tapa la cara con la manta.

De pronto se levanta,
la vemos poner el cuerpo en la escritura
-alaridos de la noche-
y la casa escribe con ella,
todo escribe
muy lejos de la triste infancia
en la desembocadura del río Saigón.
El miedo llena las páginas en blanco
pero un libro concluido también es la noche,
pronuncia Marguerite
y, no sabe por qué, estas palabras
aún la hacen llorar.

a María Victoria Dávila

TANGO PARA CLAUDIA

Abril en Buenos Aires son las hojas caídas
el otoño amarillo, la voz del bandoneón,
acordes que reciben al viajero que vuelve
a la ciudad vacía, Buenos Aires sin vos.

Sin darnos cuenta apenas la vida y sus penares
te robó como un sople, indefenso gorrión
y parada en la esquina te busco en los recuerdos,
la vieja calesita girando alrededor.

El surtidor de piedra en la plaza del barrio,
palomas como sueños aleteando hacia el sol,
primavera en tu pelo con la melena suelta,
confidencias de hermanas sin tiempo en el reloj.

Abril en Buenos Aires son las hojas caídas
el cielo azul y blanco, la voz del bandoneón
cadencia que sostiene al alma que tropieza
con tu mirada clara, Buenos Aires sin vos.

AL ÁLAMO CAROLINA

El ferrocarril aún pasa por el pueblo de Chacabuco
donde

un día nació solitario, sin estaca
el más bello de todos los árboles.

Su cuerpo lozano, húmedo corazón
fue creciendo hacia arriba y también por debajo
a mitad de camino entre el bosque y las casas,

llenándose
*por las tardes de preguntas como de pájaros**. Sueña el
viejo vegetal con el próximo verano

cuando el aire se haga tibio
y las hojas se renueven como alas.

Pero ahora es mayo,
el álamo carolina ve por fin al hombre
que se acerca sobre un caballo exhausto
y su sombrero cubierto de tierra.

Se quita el sudor con la manga de la camisa,
aspira el verdor que baja de las ramas
y reposa contra el tronco.

Entonces Haroldo se duerme y sueña que es un
árbol.

* Haroldo Conti

LA CASA

Ahí está, porfiada y señorial
sosteniendo la esquina de los recuerdos,
blanca gaviota a la espera de nuestro regreso.
Entre sus muros la niñez fue crecer oyendo tangos,
mi padre con los brazos al aire jugando a dirigir
orquestas,

Brahms, Villa-Lobos, Musórgski
y la biblioteca como nido de párrafos.
Los años transcurren hechos siglos
pero ella sigue en pie
como diciendo vuelvan, aquí estoy
extraño los geranios en los balcones firmes
y las risas de hermanas girando en calesita.
También el carrusel se quedó anclado
en la plaza del barrio, rincón de añoranzas
arrancada mi juventud de cuajo,
las botas militares pisoteando la patria.
De nada sirve -lo sé- prometer no volveré
a esa esquina santificada por la melancolía
porque cuando menos lo espere
allí estaré para honrar su piedra sólida,
recoger los escombros de lo perdido,
el reloj del comedor marcando en su péndulo
de bronce el paso de la vida.
Y el deambular de sombras que aún derivan
detrás de las ventanas de mi casa.
Penélope del sur, muelle y ombligo.

EL RIACHUELO

A Adriana Fantoni

Al fondo de la dársena, herrumbre y soledad
los viejos barcos se mecen anclados en la bruma.
Las luces del crepúsculo invierten los sentidos,
el cielo navega apacible en el agua,
como faros los mástiles se hunden en el río.
Puerto del sur, bohemio y presuntuoso
con tus casas de latón pintadas de colores,
adoquines sesgados e imperfectos
donde el tango, eterno como un mito,
saca a bailar de pollera y tacones
a una mujer torneada por los dioses.
La ventana del café donde la lluvia
se apresuró a borrar las iniciales de tu olvido.
(Adriana y su sonrisa a prueba de derrumbes,
Julio en su bicicleta apedreando semáforos
y mis dos hermanas al pie de los días.)
El bandoneón convoca la nostalgia,
pretérito de calles empedradas y versos de ultramar,
Caminante, no hay camino..., la voz de Serrat
conduce las barcazas hasta el final del mundo
y yo las veo partir entre gaviotas
ajenas a distancias o suicidios,
como esos viejos barcos bajo la luna oscura.
No soy de otro lugar que de este puerto.

PATRIA DE NÁUFRAGOS

El colibrí aletea en mi ventana
como una buena noticia,
heraldo de los días que son de nadie
y son de todos como el miedo y la ternura.
Misterio de la forma, *huitzitzili*
guíanos a tu reino de alas azules,
ágil como el agua que se desliza
entre las piedras rústicas
que sostienen los pies del mundo.
Semejas picaflor la utopía,
lejos del horror sin nombre.
No necesito como el rey Salomón
un anillo para hablar contigo.
Me basta con el *ssic ssic* un poco áspero
con el que anuncias tu presencia,
la buenaventura de tu estar aquí,
al sur del silencio,
patria de náufragos y errantes la poesía,
el punto cardinal del peregrino.

IRENE SELSER. Periodista, editora, poeta y escritora. Nació en Buenos Aires, Argentina, país que debió abandonar junto con su familia en 1976 a raíz de la última dictadura militar (1976-1983). Realizó estudios de Filosofía y Letras en la Facultad de Buenos Aires, de Antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) de México, y de Ciencias Políticas y de la Comunicación en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

De 1983 a 1992 residió en Nicaragua, donde laboró como periodista durante la truncada revolución sandinista de 1979-1990. En 1990, recibió el Premio Latinoamericano de Periodismo “José Martí” y de regreso a México se reintegró como periodista trabajando en diversos medios de comunicación impresos y electrónicos del país y de América Latina. De 2001 a 2018 fue editora de la sección internacional del periódico *Milenio*, combinando esa actividad con la creación literaria.

Es miembro del consejo asesor del Centro Académico de la Memoria de Nuestra América/Archivo Gregorio y Marta Selser, del Colegio de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

Entre sus obras figuran *La senda del castaño* (poesía), *El arca de los sueños* (novela), *Cardenal Obando. El enfrentamiento Iglesia-Estado en la Nicaragua sandinista* (ensayo) y *Lucas, el dinosaurio feliz*, relato infantil adquirido por la Secretaría de Educación de México para cuarto grado de primaria.

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música llamada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango

48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apūshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanos. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa

95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Angeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noriega
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Álvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra

142. *Destino. Antología*, Jorge Galán
143. *La hierba abre su latido. Antología*, Yenny León
144. *¡Imagínate...! Antología*, Basilio Rodríguez Cañada
145. *Sonetos*, William Shakespeare
146. *Imagen (in)completa*, Carolina Dávila
147. *Desastre lento*, Tania Ganitsky
148. *Polifonías Dispersas*, Carolina Bustos Beltrán
149. *Cae sobre mí una sombra. Antología*, Diana Carolina Sánchez Pinzón
150. *Poesía colombiana para niños. Antología*
151. *La casa. Antología*, Sandra Uribe Pérez
152. *Soy el cantor de esta verde tierra. Antología*, Darío Samper
153. *El beso. Antología*, Jorge Valencia Jaramillo
154. *La canción del fuego. Antología personal*, Amparo Romero Vásquez
155. *Poesías*, Miguel de Cervantes
156. *Patria de náufragos*, Irene Selser



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en mayo de 2019

Se compuso en caracteres
Goudy Old Style de 11 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

